



Ririro

LEE DONDE QUIERAS, CUANDO QUIERAS

Ulises y la bolsa de los vientos

Emilie Poulsson

El famoso Ulises estaba cruzando el mar, hacia su hogar en la rocosa Ítaca, cuando llegó a la isla de Eolia. Muchas habían sido sus andanzas, por mar y tierra, desde que había dejado su hermosa morada, y la vista de esta playa amiga fue muy grata. Aquí vivía el gran Rey de los vientos, Eolo, que podía enviar suaves céfiros murmurando sobre el mar y podía hacer retroceder las salvajes tempestades cuando jugaban con demasiada brusquedad con las olas. Ulises y sus compañeros bien podrían regocijarse al llegar a la maravillosa isla flotante del rey Eolo, porque aquí fueron tratados con amabilidad, después de sus fatigas y problemas, y cuando llegó el momento de emprender de nuevo su camino, Eolo puso en sus embarcaciones obsequios y provisiones de todo tipo para su viaje.



Uno de estos regalos era muy extraño en apariencia: un gran saco abultado, tan grande como un buey; de hecho, estaba hecho de piel de buey, fuertemente atado con un cordón de plata brillante. A este Eolo lo colocó cuidadosamente en la barca, y llevando aparte a Ulises, le dijo que en esta piel había atado los vientos huracanados, para que ninguna tempestad perturbara la calma del océano y desviara la pequeña barca de su rumbo. Sin embargo, si en algún momento Ulises necesitara una poderosa ráfaga para alejar rápidamente el bote de alguna costa peligrosa, o de algún enemigo, debía abrir la bolsa con gran precaución y, dejando escapar solo el viento que deseaba, para cerrarla de nuevo rápidamente, y atarla firmemente con el cordón de plata. Cuando Eolo se hubo despedido de Ulises y su tripulación, envió un suave viento del oeste tras

él, para llevarlos prósperamente en su camino.

Día tras día navegaron pacíficamente sobre el océano resplandeciente, con el suave vendaval llevándolos, mientras Ulises manejaba la vela y vigilaba día y noche. El décimo día, Ulises yacía dormido en el bote, descansando de su trabajo, cuando los marineros comenzaron a hablar entre ellos sobre la bolsa de aspecto misterioso.

—Debe estar llena de tesoros —dijeron—. Y ¿por qué no deberíamos tener nuestra parte de ellos?

Hablando así tontamente, finalmente decidieron abrir la bolsa. Soltaron la cuerda de plata, pero no necesitaron hacer más, porque los vientos bulliciosos estallaron de inmediato, y en un abrir y cerrar de ojos habían convertido las tranquilas olas en espuma, y desviaron la barca de su rumbo. El timonel nada pudo hacer, pues la barca ya no obedecía al timón, y hasta Ulises, despertado por la conmoción, quedó impotente ante estos vientos rugientes y silbantes que a su antojo sacudían la pequeña barca de un lado a otro.

Por fin, Ulises y sus hombres, alejados de sus costas nativas, vieron tierra una vez más. Los insensatos marineros se alegraron mucho de sacar el bote a la playa y, una vez más, a salvo, encendieron un fuego y prepararon una comida reconfortante.

Pasaron muchos días y años antes de que Ulises llegara por fin a su hogar. Tuvo muchas aventuras después de esto, pero cuando por fin vivió en paz y tranquilidad, en el hogar del que había estado ausente tanto tiempo, siempre le gustaba contar la historia de la bolsa de vientos que le había dado el rey Eolo, y del gran desastre causado a sus marineros y a él mismo por su tonta curiosidad.



Los cuentos nos ayudan a explorar culturas, aprender lecciones morales, conectar con la naturaleza — o simplemente divertirnos. Por eso ririro.com ofrece más de 3.000 cuentos gratuitos — cuentos de hadas, fábulas, cuentos para dormir, mitos y mucho más — para todas las edades, en 13 idiomas, con PDF imprimibles gratis y a menudo audio. Leer debería ser un derecho, no un privilegio. Comparte ririro.com y difunde la alegría de leer.

Instagram: @ririro_reading · Pinterest: pinterest.com/ririrocom